

¿Cómo salimos el último día de la Sala Parés? La improcedencia es una postura incómoda, y, por lo mismo, nos limitaremos a sacar unas consecuencias de éste «¿cómo salimos?», ahogándola, ya que no podríamos perdonarnos su falta de elegancia. Tampoco queremos guíe nuestra pluma una fobia por alguien o por algo, solamente queremos limitarnos a exponer unos hechos con la moderación equilibrada de quién procede por una convicción insobornable, a la que asiste la inquietud de nuestra hora, cuyo ritmo evolutivo no pueden detener, quienes se aferran a unos arcaizantes conceptos, sonantes a cristal partido, donde ya el moho ha dejado su inoperante veladura de tiempo pasado. «Clausura de temporada», en la Sala Parés. Doce artistas, los habituales de la misma, concurren a esta clausura de posiciones unitarias e inamovibles. No les importa nada ni nadie, ya que quienes se creen en posesión de la verdad, y ven la misma sin evolución de por vida, pasan al lado de los momentos evolutivos del hombre sin volver la vista a un lado ni a otro, importándoles solo la meta de que son portadores. La misma no es sensible a cambios notables, ya que son las posturas fósiles las que han hecho mella en estas ideologías de calma aparente. La sala Parés hace con estos artistas un frente, ¿frente a qué, y para qué? ¿Quién va a querer enfrentarse con ellos? Creemos que nadie. Intimamente todos estos artistas ven sus esfuerzos inútiles, sin confesarlo, o, a lo mejor, se escudan en aquello de la «buena» y la «mala» pintura. ¿Tiene esto ya algún sentido ante las inmanentes necesidades del tiempo? ¿Ante las exigencias del hombre enfrentado a unos problemas estéticos y éticos, que no tienen ya nada que ver con todo este conglomerado artístico que presenta Sala Parés? El concepto de «buena» y «mala» pintura ¿no nos da a estas alturas un poco de risa? El arte de cada época es un proceso acumulativo de la necesidad de una generación o generaciones. La postura estética del artista será siempre una expresión fiel y de hondura generacional, de quién ha intuído la problemática de una época, que marca con sus hombres hitos históricos.

La Sala Parés es un alto en el tiempo. Una serenidad y una medida que no lleva a ninguna parte, como no sea a fosilizarse en sí mismas, a fomentar el enquistamiento de espíritu y a adormecer todo lo que de vital tiene el hombre en cada conyuntura histórica.

Después de esta rápida glosa, vayamos, y consideremos, a estos doce artistas que son quienes hacen redoblar constantemente las directrices fundamentales de la

Sala. Sigamos para ello el orden del catálogo, haciéndolo así, todo quedará más de siempre.

J. Amat con su ya proverbial y cálida luminosidad. Impresionista perenne. Se ha quedado en el problema de la luz, en el volumen de la luz, en la perspectiva de la luz, y de tanto insistir en ello, sus telas—bien estructuradas y con magnífico oficio— se han quedado, a pesar de su impresionismo, con un sol helado, en el cual no se descubre ninguna nueva inquietud estética. R. de Campmany, uno de los mejores del grupo, con unos matices que entran de lleno en la problemática de la evolución. De Carles no vamos a ocuparnos, francamente no sabríamos que decir en su favor, y sería muy fácil salir en su contra. Durancamps concurre con dos obras. Dos temas goyescos. Capeas de pueblo. Ambas al carbón y con pretensiones de grandes obras. Verdaderamente el caso de Durancamps tiene mucha miga. Este artista es de los que cuando expone habla por los codos arremetiendo con pobre bagaje contra el arte de ahora. Nosotros más esquemáticos le dedicamos silencio. Humbert, delicuescente, falto de compás ¿y si dudamos incluso del oficio? Llimona es de los que merece elogio. No seremos nosotros quienes silenciemos el mérito del artista. En especial su «Figura» nos gustó. Su pintura sana y abierta no tiene la cerrazón de los intransigentes. Mom-pou repitiéndose hasta lo indecible. En esta luz huidiza de sus pinceladas largas, parece agonizar eternamente un impresionismo, al que el tiempo y nuestros problemas han cortado las alas dejándolo algo fósil. Mulo Suazo no podemos remediarlo, pero siempre nos ha gustado. Sus gamas opacas y volumétricas ejercen una influencia especial a quién las contempla. De su frialdad emana misterio. Esta pintura tiene un mensaje hecho de silencio y de paz. Sus tintas no tienen nunca la irisación de la luminosidad descarada.

De Pruna se nos anunciaba en el catálogo una tela «Chica escribiendo». No la vimos. ¡Lástima! J. Serra con este su expresionismo engañoso, decorativo y algo fácil, a flor de piel, sin problemas. Sisquella, denso de una densidad como muchos. Un artista también para muchos, para estos «muchos» muy «poco» exigentes con el mensaje de la pintura. La tela que nos anunciaban de Togores no la vimos, se titulaba—catálogo en mano— «Niños». Nos las imaginamos. ¿Volverán los mismos de siempre? Sí, estamos seguros que ninguno se quedará en casa. Nosotros sí. Casi todos nada nos importan, nosotros a ellos tampoco. Nada más.

LUIS BOSCH C.